

EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE

The book cover features a dramatic, fiery landscape. In the center, a large, dark dragon's head with glowing yellow eyes and sharp teeth is the focal point. The dragon's head is set against a background of intense orange and red flames. In the lower part of the image, a small figure of a person is visible, standing on a rocky outcrop. The overall atmosphere is one of danger and fantasy.

EL MAR DE FUEGO

MARGARET WEIS · TRACY HICKMAN

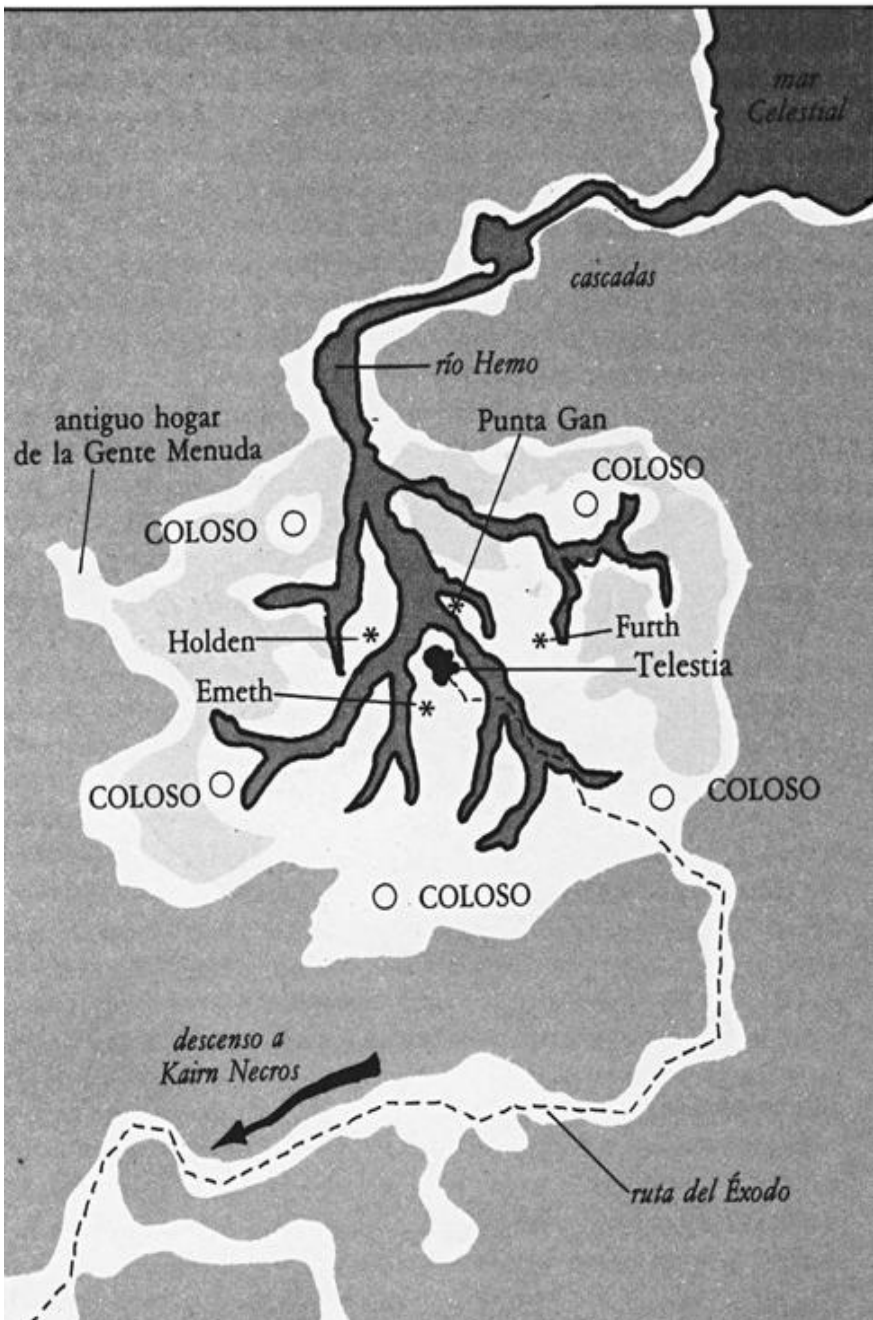
Volumen 3

El ya conocido personaje, Haplo, el patryn que ha recibido la orden de viajar a cada uno de los cuatro mundos a través de la Puerta de la Muerte, se encamina a Abarrach, el reino de piedra, a bordo de su nave, surcando una extensión de magma agitado. Haplo comparte su embarcación, protegida por las runas, con el sartán llamado Alfred, a quien hasta ahora había considerado el último miembro de su raza que quedaba con vida. Sin embargo, al poco tiempo de descubrir la ciudad desierta y ensangrentada de Puerto Seguro, Haplo y Alfred —enemigos por naturaleza y camaradas por necesidad— topan cara a cara con una tribu perdida de sartanes dedicada a la práctica de su magia más prohibida. Dirigidos por unos poderosísimos magos, los ejércitos de los sartán se mueven en la noche mientras Abarrach se ve barrida por la guerra civil. Los gobernantes del reino buscan desesperadamente la Puerta de la Muerte y a cualquiera que tenga noticia de su existencia, pues los invade la certeza de que la muerte se está apoderando gradualmente de su mundo de catacumbas y lava.

«Y el que estaba muerto resucitó».

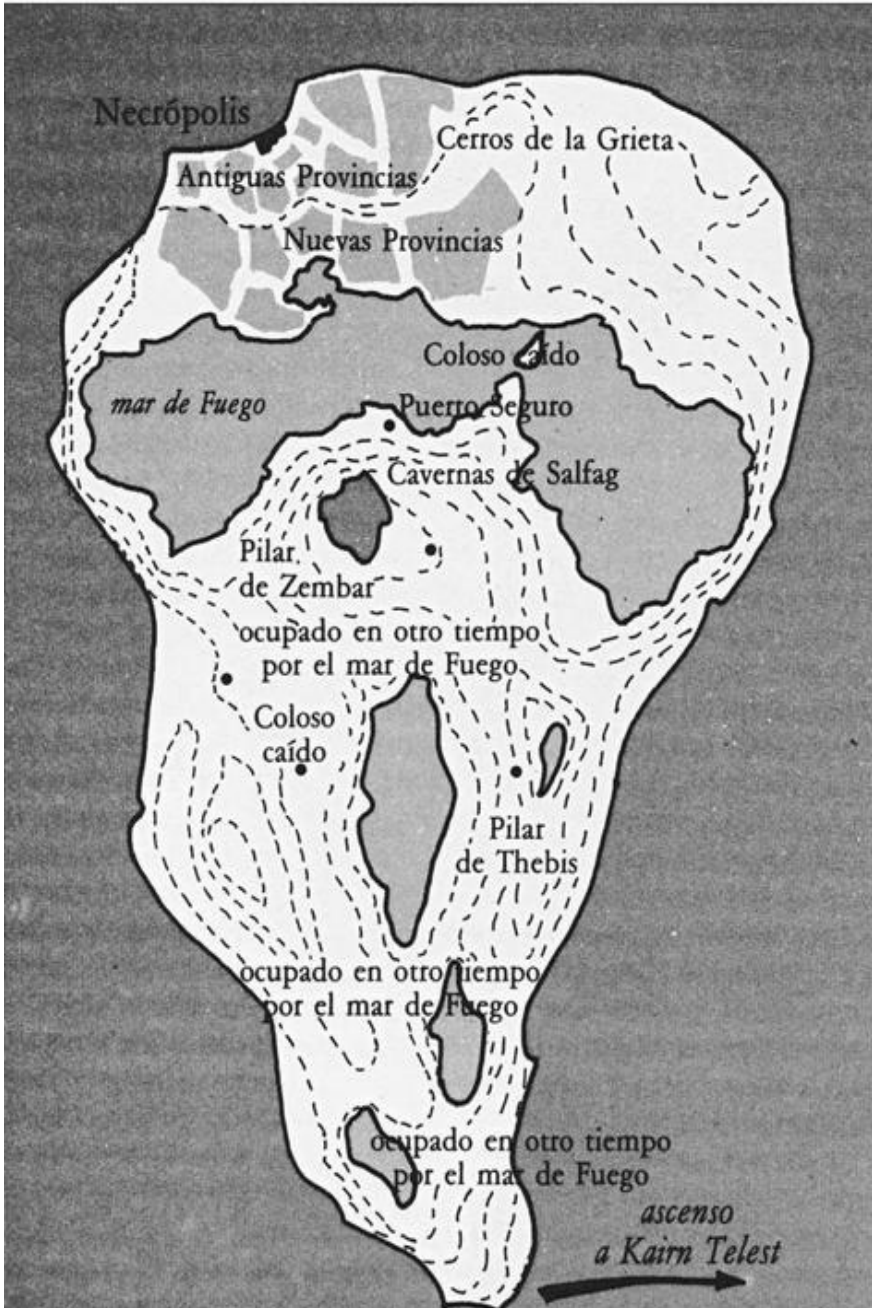
JUAN 11-44

Kairn Telest



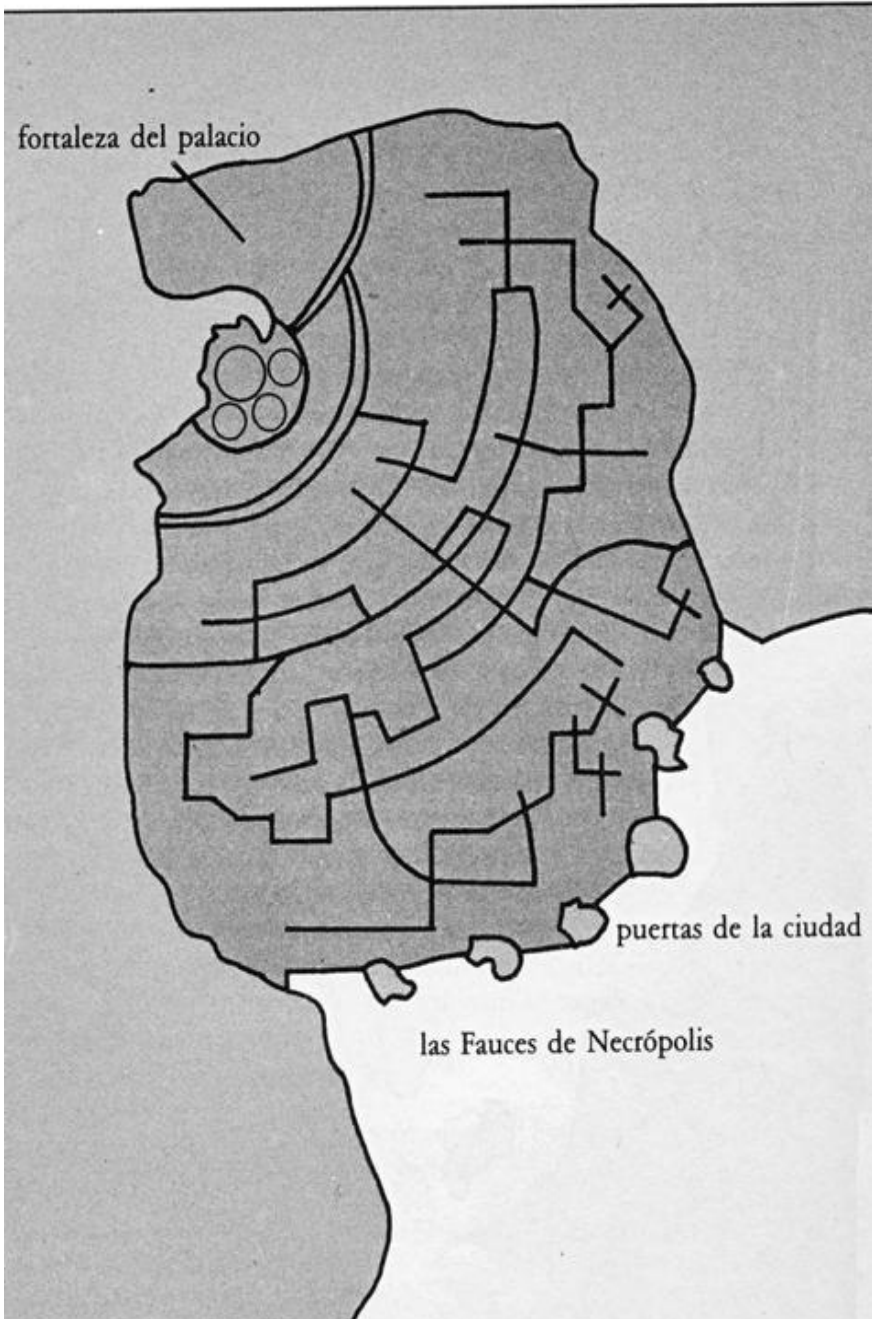


Kairn Necros





Ciudad de Necrópolis





PRÓLOGO



En cuatro ocasiones he viajado a través de la Puerta de la Muerte, pero nada recuerdo de esas travesías. Todas las veces que he penetrado en la Puerta, lo he hecho en estado de inconsciencia.

Mi primer viaje fue al mundo de Ariano, ida y vuelta, y estuvo muy cerca de ser el último.^[1]

En mi viaje de regreso conseguí una nave dragón construida por los elfos de Ariano, mucho más fuerte y adecuada que mi primer vehículo. Potencié su magia y la llevé conmigo al Nexo, donde mi Señor y yo trabajamos aplicadamente para aumentar todavía más esa magia que la protegía. Las runas de poder cubren ahora casi cada centímetro de su superficie.

Con esta nave volé a mi siguiente destino, el mundo de Pryan. De nuevo, crucé la Puerta de la Muerte; de nuevo, perdí el sentido al hacerlo. Y desperté en un mundo donde no existe la oscuridad, sino sólo una luz perpetua.

Llevé a cabo mi tarea en Pryan satisfactoriamente, al menos en lo que a mi Señor respecta. Mi amo se mostró complacido con mi trabajo.

Yo, no tanto.^[2]

Al abandonar Pryan, me hice el propósito de permanecer consciente para ver la Puerta y observar qué se experi-

mentaba. La magia de mi nave protegía a ésta y a mí hasta el punto de que ambos llegábamos a nuestro destino completamente sanos y salvos. ¿Por qué, entonces, me desmayaba? Mi Señor sugirió que debía de tratarse de una debilidad mía, de una falta de disciplina mental, así que me propuse firmemente no rendirme. Pero para mi disgusto volví a comprobar, mortificado, que no recordaba nada.

Allí me encontraba, perfectamente despierto, a punto de entrar en aquel agujero negro que parecía demasiado pequeño para que cupiera en él mi nave. Y, al instante siguiente, estaba a salvo en el Nexo.

Es importante que aprendamos todo lo posible sobre el viaje a través de la Puerta de la Muerte, pues por ella habremos de transportar los ejércitos de patryn que deben llegar a esos mundos dispuestos a luchar y conquistarlos. Mi Señor ha estudiado el asunto en profundidad revisando los textos de los sartán, nuestros enemigos ancestrales, que construyeron la Puerta de la Muerte y los mundos a los que ésta conduce. Y ahora acaba de informarme, en la víspera de mi viaje al mundo de Abarrach, de que ha realizado un descubrimiento.

Acabo de regresar de un encuentro con mi Señor y confieso que estoy decepcionado. No digo esto como crítica a mi Señor, a quien respeto más que a nadie en el universo, pero su explicación de la Puerta de la Muerte tiene poco sentido. ¿Cómo es posible que un lugar pueda existir y, al mismo tiempo, no existir? ¿Cómo puede el tiempo marchar hacia adelante y hacia atrás a la vez? ¿Cómo puede su luz ser tan brillante que me sumerjo en la oscuridad?

¡Mi Señor sugiere que la Puerta de la Muerte no fue hecha para ser atravesada! Sigue sin descubrir cuál es —o era— su función. Según él, su propósito puede haber sido, simplemente, servir de una vía de escape de un universo agonizante. Yo no estoy de acuerdo. He descubierto que los sartán pretendían que existiera algún tipo de comunicación entre los mundos. Por alguna razón, esta comunicación

no se estableció. Y la única conexión que he encontrado entre los mundos es la Puerta de la Muerte.

Mayor razón todavía para que deba permanecer consciente en mi próximo viaje. Mi Señor me ha sugerido cómo disciplinarme para lograr mi objetivo, pero me ha advertido que corro un riesgo extremo.

No perderé la vida; la magia de la nave me protege de cualquier daño físico.

Pero podría perder la razón.^[3]

CAPÍTULO 1



KAIRN TELEST, ABARRACH

—No tenemos elección, padre. Ayer murió otro niño. Anteayer, su abuela. El frío se hace más intenso cada día. Sin embargo... —el hijo hace una pausa—, no estoy seguro de que sea tanto el frío como la oscuridad, padre. El frío mata sus cuerpos, pero son las tinieblas lo que acaba con sus espíritus. Baltazar tiene razón. Debemos marcharnos ahora, mientras aún tenemos fuerzas suficientes para hacer el viaje.

Fuera de la sala, de pie en el pasillo a oscuras, escucho y observo, a la espera de la respuesta del rey.^[4]

Pero el anciano no contesta de inmediato. Permanece sentado en un trono de oro decorado con diamantes del tamaño de un puño humano, instalado sobre un estrado que preside un enorme salón de mármol pulimentado. El rey puede ver muy poco del salón, sumido en sombras. En el suelo, a sus pies, una lámpara de gas que chisporrotea y emite un siseo difunde una luz débil y mortecina.

Con un escalofrío, el viejo monarca se acurruca todavía más bajo la capa de pieles con la que se cubre. Luego, se desliza hacia adelante hasta apoyarse en el borde del trono, más cerca de la lámpara, aunque sabe que la llama parpadeante no va a darle calor alguno.

Creo que es el consuelo de la luz lo que busca. Su hijo tiene razón: es la oscuridad lo que nos mata.

—Hubo un tiempo —dice el viejo rey— en que las luces de palacio permanecían encendidas toda la noche y bailábamos hasta el ciclo siguiente. Con el baile, nos acalorábamos en exceso; entonces, salíamos del encierro de palacio, corríamos a las calles abiertas bajo el techo de la caverna, donde hacía fresco, y nos dejábamos caer sobre la hierba mullida y reíamos sin parar. —Tras una pausa, añade—: A tu madre le encantaba bailar.

—Sí, padre, lo recuerdo —la voz del hijo es suave y cargada de paciencia.

Edmund sabe que su padre no desvaría, sino que ha tomado una decisión, la única posible. Sabe que el rey está diciendo adiós.

—La orquesta se colocaba ahí —el viejo monarca levanta un dedo nudoso para señalar un rincón de la sala envuelto en densas sombras—. Tocaba durante toda la mitad del ciclo destinada al sueño y los músicos tomaban vino de parfruta para mantener vivo el fuego en su sangre. Por supuesto, todos terminaban ebrios. Al final del ciclo, la mitad de ellos tocaba una música distinta de la de la otra mitad. Pero a nosotros no nos importaba. Sólo hacía que nos riéramos más. Nos reíamos mucho, entonces.

El viejo tararea en voz baja una melodía de su juventud. Yo he permanecido todo el rato inmóvil entre las sombras de la sala, observando la escena a través de una rendija de la puerta casi cerrada, y decido dar a conocer mi presencia, aunque sólo a Edmund. Es impropio de mi dignidad andar husmeando a escondidas. Llamo a un criado y lo mando al rey con un mensaje sin importancia. La puerta se abre con un chirrido y una ráfaga de aire helado recorre la sala, apagando casi la llama de la lámpara de gas. El criado avanza penosamente por la sala y el sonido de sus pies arrastrándose por el suelo de mármol deja tras de sí unos ecos susurrantes en el palacio casi vacío.

Edmund alza la mano, alarmado, e indica al criado que se retire. Pero vuelve la vista hacia la puerta, advierte mi presencia y, con un breve gesto de asentimiento, me indica en silencio que lo espere. No necesita hablar ni hacer otra cosa que ese gesto con la cabeza. Edmund y yo nos conocemos tan bien que podemos comunicarnos sin palabras.

El criado se retira y sus despaciosos pasos se acercan de nuevo a mí. Empieza a cerrar la puerta, pero lo detengo sin decir palabra y le ordeno que se vaya. El viejo rey ha advertido la entrada y la salida del criado, aunque finja no haberlo visto. La vejez tiene pocos privilegios, pocos lujos. Permitirse excentricidades es uno de ellos. Sumirse en los recuerdos es otro...

El anciano suspira al bajar la vista hacia el trono de oro que ocupa. Su mirada se vuelve luego hacia el asiento que se encuentra a su lado, un trono de dimensiones más reducidas destinado al cuerpo, más menudo, de una mujer. Este trono lleva mucho tiempo vacío. Quizás el monarca se ve a sí mismo, ve su cuerpo joven, alto y fuerte, inclinándose hacia ella para susurrarle al oído mientras sus manos se buscan. Sus manos, siempre entrelazadas cuando el monarca y su reina estaban cerca.

A veces, aún hoy toma la mano de su ausente amada, pero esa mano está fría, está más helada que el frío que invade nuestro mundo. La mano helada destruye el pasado para él. Pero, ahora, el rey no acude demasiado a ella. Prefiere el recuerdo.

—Entonces, el oro refulgía bajo las luces —comenta a su hijo—. A veces, los diamantes brillaban hasta que no podíamos seguir mirándolos. Eran tan deslumbrantes que nos hacían llorar los ojos. Éramos ricos, increíblemente ricos. Nos recreábamos en nuestra riqueza... Pero lo hacíamos con toda inocencia, creo —añade el viejo rey, tras una pausa—. No éramos codiciosos ni avaros. «Cómo nos mirarán, cuando vengan a nosotros ¡Qué cara pondrán cuando contemplen por primera vez este oro y estas joyas!», nos decía-